



Ruinas del templo de Zeus en Olimpia, construido de 470 a 456 a. de J. C. por un arquitecto de la región, Libón. El edificio, de forma bastante alargada, era un ejemplar de orden dórico y en él se veneraba al padre de los dioses, cuya estatua fue realizada por Fidias.

La Guerra Grande de los griegos. Eurípides

La Guerra Grande de los griegos no es la lucha contra los persas, que se resolvió en tres o cuatro batallas, sino la que nosotros llamamos "guerra del Peloponeso", o sea la lucha fratricida de Esparta contra Atenas, en la que más o menos participaron todos los estados de Grecia. Duró esta guerra cincuenta y cinco años. En los quince primeros, desde el 460 al 445, se redujo más bien a una serie de cortas campañas que acabaron con una paz que debía, según el tratado, durar treinta años, pero que duró mucho me-

nos, porque en 431 la lucha se renovó con más furor y duró hasta el año 421. Hubo entonces un momento de tregua que se llamó en Atenas "la paz de Nicias", pero pocos meses después la conflagración se hace otra vez general, y el 404, los espartanos descargan sobre Atenas el golpe de gracia: destruyen su armada, arrasan sus muros e imponen otra forma de gobierno.

La situación de Grecia después de la Guerra Grande fue análoga a la que presenciábamos en nuestros días en Europa. Los ven-

LAS GUERRAS ENDEMICAS DE LOS ESTADOS GRIEGOS

EL DERECHO POLITICO EN GRECIA

La ciudad griega es un estado soberano que no reconoce ninguna institución superior a él.

Es un estado independiente, hasta tal punto que los tratados internacionales carecen de efectividad, ya que las ciudades firmantes se reservan el derecho a romperlos cuando no convengan a sus intereses.

Aunque todas las ciudades se consideraban griegas y reconocían una comunidad de raza y cultura entre ellas, nunca se pudo llegar a elaborar unas normas de convivencia o un derecho internacional.

TENTATIVAS DE SUPERACION DEL DERECHO POLITICO

En el momento de las guerras médicas, sobre todo a raíz del Congreso de Corinto, se creó la "Unión sagrada contra los persas", alianza entre todas las ciudades-estado griegas para la defensa común. Pero ni en estas difíciles circunstancias, algunas ciudades se reconciliaron con sus enemigas ni el espíritu de solidaridad pudo mantenerse.

El santuario de Delfos dependía de una "anfictiónia", alianza de los pueblos que vivían en sus alrededores. Defensa conjunta del santuario en caso de ataques, limitaciones severas a posibles guerras entre ellos, reunión de un consejo representativo de todos dos veces al año, éstos eran algunos de los compromisos que se habían fijado los pueblos anfictiónes. No impidieron, sin embargo, las llamadas "guerras sagradas".

La federación de ciudades es otra forma de superar la dispersión y el enfrentamiento entre las ciudades; dos realizaciones importantes en este aspecto fueron la Federación Tebana –tardía, destruida por Filipo de Macedonia– y la gran Confederación Ateniense, heredera de la "Unión sagrada contra los persas", sistema permanente de alianza entre ciudades, muy pronto desvirtuado por el predominio exclusivo de Atenas, que gobernó, fiscalizó y gravó con pesados impuestos a los confederados según sus propios deseos y conveniencias, convirtiendo la Confederación en un Imperio.

La guerra es, a falta de cualquier norma de derecho internacional, la única manera de dirimir conflictos entre ciudades.

LA GUERRA REPRESENTA PARA LA CIUDAD GRIEGA UN ESFUERZO LIMITADO

No se movilizan todos los recursos del estado ni en hombres ni en materiales. No se combate de forma continua –interrupciones invernales, treguas sagradas– ni se predica una guerra de exterminio.

Las contiendas –pocos combatientes, sistemas tradicionales de lucha caballeresca– son poco cruentas; el número de víctimas es muy limitado.

El cerco a la ciudad enemiga, donde se han refugiado todos los habitantes, es poco frecuente y, en general, son los ejércitos respectivos, y sólo ellos, quienes combaten.

La guerra del Peloponeso, que empieza como un conflicto más entre ciudades, pronto se convertirá en una verdadera guerra civil entre los griegos.

LA GUERRA REPRESENTA UN DESGASTE PERMANENTE PARA LA CIUDAD

El derecho de conquista, que es absoluto, y la invasión del territorio abandonado por los campesinos, con la consiguiente destrucción y pillaje de cosechas y ajuares, es una pérdida material considerable.

Las guerras se prolongan si no se llega a una batalla decisiva, y las treguas utilizadas como respiro y tiempo de recuperación pueden alargarlas indefinidamente.

Entre el ejército o entre los habitantes de la ciudad superpoblada a causa del éxodo campesino se producen epidemias y pestes.



Estela funeraria del hoplita Aristión, realizada por Aristocles a fines del siglo VI a. de J. C. (Museo Nacional, Atenas). Este soldado de infantería aparece vestido con una insignificante sالدilla y cubierto con la coraza. Por única arma lleva la pica.

cedores quedaron tan maltrechos y desmoralizados como los vencidos. Y aunque no queremos señalar el hecho como una profecía, lo positivo es que Grecia, cincuenta años después, fue la presa fácil de Filipo de Macedonia, quien para los helenos era casi un bárbaro. La verdadera causa de la guerra fue la antigua rivalidad entre dorios y jonios, que al cabo de varios siglos hubo de estallar en una lucha despiadada. Es verdad que los aliados de Atenas y Esparta fueron cambiando en estos años que duró la guerra, formando varias ligas o alianzas, y a veces encontramos un estado dorio, como Megara, tan pronto al lado de Atenas como al de Esparta, pero en general puede decirse que los aliados de Atenas son de origen jónico y los de Esparta son dorios.

Esta era la causa real del conflicto, un odio de razas, aunque la aparente fue la pretensión de los atenienses, mejor dicho, de Pericles, de hacer de Atenas la capital espiritual y política de Grecia. Con sus minas, y con los tributos de sus "aliados", sobre todo con sus artistas, Pericles hizo de Atenas una ciudad que necesariamente tenía que despertar los celos de sus vecinos. He aquí cómo Tucídides compara a Esparta con Atenas: "Si se despoblase la ciudad de Esparta, que no quedarán sino los templos y edificios públicos, creo que con el tiempo no creería el que la viese que había sido tan grande como es al presente... Mientras que si a los atenienses les sucediera lo mismo, que desamparasen su ciudad, parecería ésta

haber sido mayor de lo que es ahora, sólo al ver las ruinas y el gran espacio que ocupan". La comparación que proponía Tucídides podemos hacerla hoy perfectamente: Esparta es un villorrio insignificante, sin reliquias de su pasado; Atenas, a pesar de haber sufrido mucho más que Esparta, conserva todavía muchos de sus monumentos, que son asombro de las presentes generaciones.

La táctica de la guerra ya se comprende que cambiaría no poco durante los cincuenta y cinco años que duró, pero en algunos detalles la estrategia se mantuvo uniforme desde el principio hasta el fin. Por ejemplo, Atenas se mostró adicta a la política de Pericles, encaminada a conservar su imperio colonial, concentrando toda su atención en la armada. Para esto era necesario renunciar al Ática, abandonar hasta los mismos suburbios de Atenas y reducir su territorio al recinto de las murallas; pero como Atenas necesitaba una salida al mar y éste estaba lejos, el puerto se unió a la ciudad por medio de dos fuertes muros que defendían el camino por el que los atenienses iban a recoger las provisiones aportadas por sus buques o a embarcarse para hostigar a los enemigos desde las costas inmediatas. Ésta fue la táctica de Atenas; nunca se atrevió a atacar a Esparta entrando con un ejército en el Peloponeso y, en cambio, los espartanos casi cada año invadieron el Ática cuando los trigos empezaban a madurar, destruyendo las cosechas y obligando a los campe-

Ruinas de la antigua ciudad de Corinto. El enfrentamiento de intereses políticos y económicos entre Atenas y Corinto, aliada incondicional de Esparta, hizo estallar la guerra entre las dos ciudades más poderosas de la Grecia del siglo V.





Estela votiva de comienzos del siglo V a. de J. C. (Museo de la Acrópolis, Atenas). En este tipo de estelas, que tienen por objeto recordar una ofrenda o sacrificio, la imagen está acompañada de una inscripción, desaparecida aquí, con el nombre del oferente.

sinos a refugiarse dentro de la ciudad. Este amontonamiento de gente en Atenas, y en especial en el espacio que dejaban libre los dos muros paralelos a lo largo de la carretera que iba al puerto, causó epidemias comparables con las que aparecieron en las acumulaciones de refugiados después de la primera guerra mundial en los años 1919 y 1920. He aquí cómo Tucídides describe la peste del año 431, que hizo más víctimas que todos los ataques de los espartanos:

“Quiero hablar de ella para que el médico que sabe de medicina manifieste si es posible averiguar de dónde vino este mal y qué causas pudo haber bastantes para

ocasionar tan grandes estragos. Por mi parte diré cómo vino, de modo que cualquiera que leyere lo que yo escribo, si de nuevo volviese, esté avisado y no alegue ignorancia. Hablo como quien lo sabe bien, pues yo mismo fui atacado de este mal y vi a los que lo tenían. Aquel año fue excepcionalmente sano y libre de otras epidemias, pero si alguien tenía algún mal, en seguida se le convertía en peste. Los que estaban sanos veíanse súbitamente atacados, sin causa aparente de enfermedad. Primero sentían un fuerte dolor de cabeza y los ojos se ponían rojos, la garganta encendida y la respiración se hacía difícil, ronquera, mal de pecho,



tos con flemas, y seguían un sollozo y un espasmo que a unos les duraba más que a otros. El cuerpo por defuera no estaba muy caliente ni amarillo y la piel poníase encarnada, llena de pústulas pequeñas... Algunos morían del gran calor que les abrasaba las entrañas, a los siete días, otros dentro de los nueve. Si pasaban este término, descendía el mal al vientre, causándoles flujo con dolor continuo, muriendo muchos de extenuación...”.

“Esta infección se manifestaba primero en la cabeza y después discurría por todo el cuerpo. Algunos quedaban ciegos o man-

cos; otros perdían la memoria y no conocían a sus parientes ni a sus amigos. La enfermedad se comunicaba a las aves que suelen comer carne humana, por lo que no se lanzaban éstas sobre los cuerpos muertos, y lo mismo diremos de los perros, por lo cual bien se puede conjeturar la fuerza de este terrible mal...”.

Hemos querido copiar estos párrafos porque, además de describir la tragedia de Atenas, dan una idea del espíritu observador de los griegos de su tiempo; la descripción de la peste de Atenas es la primera exposición metódica de los síntomas de una enfer-

El templo de Apolo en el centro de la península del Peloponeso. El lugar fue escenario y dio nombre a la larga guerra que en la segunda mitad del siglo V a. de J. C. mantuvo Esparta contra Atenas, y con ellas, las ciudades de influencia dórica contra las de influencia jónica, respectivamente.

PRECISIONES EN TORNO A LA GUERRA DEL PELOPONESO

Según el profundo análisis que hace Tucídides en su *Historia de las guerras del Peloponeso*, podemos dividir las causas en verdaderas o profundas y aparentes o superficiales. La causa profunda, según Tucídides, sería que "los atenienses al hacerse poderosos y producir miedo a los espartanos les forzaron a luchar", o sea, el choque inevitable entre el poderío ateniense, que había recogido el beneficio y la gloria de la guerra contra los persas, y Esparta, predominante en el Peloponeso y envidiosa del gran imperio que Atenas había organizado en el mar.

Esparta, fuera de las rutas marítimas, se mantenía obstinadamente apegada a sus ancestrales ideas aristocráticas. Atenas, por el contrario, era una potencia abierta hacia el exterior, principio íntimamente unido con la instauración de la democracia. Los demócratas, como miembros de una sociedad timocrática, eran expertos comerciantes e industriales, conscientes de que sus progresos irían unidos al del poderío ateniense. De ahí se debe que al lado de los motivos políticos que señalábamos anteriormente, aparezcan íntimamente ligados al conflicto otros factores de índole económica. Conocida es de todos la importancia que dichos factores desempeñan en cualquier clase de conflictos.

Decíamos que Atenas y sus confederados formaban un vasto imperio colonial en creciente progreso y en busca de nuevos mercados donde exportar sus productos. Al poner Atenas sus miras en los mercados de Sicilia e Italia, las potencias del Peloponeso, como Megara, Sición y Corinto, se vieron seriamente afectadas por la competencia ateniense.

La tensión entre una de estas potencias, Megara, y Atenas siguió en aumento, sobre todo cuando Pericles promulgó el llamado "Decreto megarense" prohibiendo a todos los barcos de Megara entrar en los puertos de la confederación ateniense. La alternativa consistía en plantar cara al imperio ateniense o sucumbir víctima de la impotencia económica. Y a Esparta no podía serle indiferente que sus aliados perecieran.

Estando así la situación, a nadie podrá extrañarle que por un motivo insignificante, el incidente entre Corcira y Corinto, estallara una guerra de funestas consecuencias para Atenas. Significa el aniquilamiento de Atenas como potencia política.

Debemos observar dos concepciones políticas totalmente distintas a lo largo de toda la guerra, esenciales para comprender el desarrollo global del conflicto. La estrategia de Pericles se diferencia profundamente de la de los políticos que le sucedieron. Sólo tienen un punto en común: conservar el poderío ateniense. Para ello, Pericles es partidario de una política de defensa, de repliegue en sí mismos. Hay que evitar cualquier batalla campal con los peloponenses, pues inevitablemente acabará con la victoria de ellos, por ser en tierra más poderosos que los atenienses. Por

el contrario, la política espartana se caracteriza por el ataque abierto.

Esta primera fase de la guerra, que va del año 431 al 421, se denomina "Guerra arquidámica" porque el rey espartano Arquidamo invade periódicamente el Ática con sus razzas, temibles para la población ateniense. Entre tanto, los atenienses con su flota, pues ahí radica su poderío, se dedicaban a hostigar los principales puntos del Peloponeso.

Esta táctica de Pericles creemos que hubiera llevado a Atenas a la victoria, pero fue abandonada por sus seguidores, partidarios de una política netamente ofensiva. Al mismo tiempo se exasperan las posturas políticas y en la asamblea popular domina la demagogia.

Los políticos de esta época carecen de las cualidades del estadista ideal, que reflejaba a Pericles en el libro segundo de Tucídides. Para ser buen estadista se requiere: 1.º, capacidad de acción; 2.º, facilidad de palabra para exponer con claridad ante el pueblo esta línea de acción; 3.º, ser afecto al estado; 4.º, ser incorruptible al soborno.

Desde que el extremista Cleón domina la asamblea, se impone un recrudecimiento de las acciones bélicas. No nos extrañemos, pues, de que ante la defección de Mitilene, en la isla de Lesbos, se adoptaran medidas extremas para evitar cualquier posible intento de rebelión en el futuro. La represión fue dura; los hombres de Mitilene fueron asesinados, y las mujeres y niños reducidos a esclavitud.

*

La victoria sobre los persas en Salamina y en Platea representa el triunfo de los dioses griegos. Los dioses de la *polis* habían proporcionado la victoria y ahora más que nunca se vincula la religión a la *polis*. Era un tipo de religión oficial, un formulismo político, pero la reverencia y la devoción auténtica las manifestaban la gente no en torno a los grandes dioses, sino a los dioses menores y héroes.

Los atenienses intentaron barrer las diferencias políticas reuniendo a las ciudades griegas en torno a los misterios de Eleusis. Pero el culto a los misterios o las esperanzas de inmortalidad carecían de la fuerza de cohesión suficiente para lograr un efecto de naturaleza política. El oráculo de Delfos había perdido su posición de vanguardia con el debilitamiento de la fe religiosa y no logró remontarse por encima de la lucha de intereses políticos.

A finales del siglo V aparecen en el pensamiento griego los primeros brotes de individualismo, que se reflejan también en el campo de lo religioso. Precisamente en pleno auge de la Ilustración se difunde el culto de Asclepios. Éste gozó del favor popular y, como dios sanador, llegó plenamente al corazón de los humildes. Podemos comparar un poco su influjo con lo que serán más tarde los santos cristianos.

Todo el pensamiento de la época confluyó en Atenas. Anaxágoras, amigo de Pericles, impartió sus doctrinas sobre la filosofía naturalista jonia. Empiezan a llegar los primeros sofistas. Uno de ellos, Protágoras, postula una filosofía subjetivista: "El hombre es la medida de todas las cosas", es decir, el individuo puede juzgarlo todo según su propio criterio. Ahí radica el ideal del superhombre que Alcibíades, Lisandro y otros llevaron a la práctica.

El pueblo ateniense, intelectual por naturaleza, era amigo de argumentos y discusiones. Fue fácil demostrar que la religión era un producto de la mente humana. Los dioses debían ser más justos y morales. Eurípides critica duramente su moralidad diciendo: "Si los dioses obran mal, no son dioses". Se difunde el ateísmo en los medios cultos. El historiador Tucídides elimina todo influjo sobrenatural en su obra histórica y confía únicamente en las fuerzas de la razón.

A pesar de todos estos rasgos racionalistas, perviven en el pueblo ciertos aspectos de irracionalismo exacerbado. Pensemos que con motivo de la mutilación de los hermes en el año 415 a. de J. C. se desencadena en Atenas un fenómeno de histerismo colectivo. Lo mismo ocurre con el proceso contra Alcibíades por profanación de los misterios de Eleusis. Hasta qué punto podía llegar este furor piadoso colectivo lo pone bien de manifiesto la siguiente anécdota. En el año 406, la flota ateniense derrotó a la espartana en la batalla de las islas Arginusas. El triunfo de Atenas fue total, pero una infortunada tormenta impidió a los generales recoger a los naufragos para tributarles las honras fúnebres debidas. Los atenienses quisieron librar a la ciudad de la mancha del delito religioso cometido por los generales y condenaron a muerte a seis de ellos, con la oposición tenaz de Sócrates, que entonces era *pritanes*.

El proceso que en el año 399 acabó con la vida de Sócrates tiene un tremendo trasfondo político. Después de la derrota de la guerra del Peloponeso se instauró en Atenas un gobierno de treinta tiranos que acabó en una guerra civil, con la consiguiente restauración de la democracia. Cuatro años más tarde tiene lugar este famoso proceso. Se buscaba por todas partes paz y tranquilidad, un poco de sosiego después de la sangrienta guerra, y no se regatearon esfuerzos para conseguirlo.

Los acusadores de Sócrates eran probos ciudadanos que querían servir a la comunidad y acabar con la subversión. Ellos veían que se paseaba por el ágora, interrogaba a todos y les decía que no sabían nada. Multitud de jóvenes le seguían. Era un corruptor, un sofista más. Gran equivocación fue su condena a muerte, cometida precisamente con el hombre que se había distinguido en luchar y vencer a todos los sofistas.

J. A.

medad, casi como podría hacerla un médico de nuestros días. No olvidemos que fue escrita en el siglo V a. de J. C. Es seguro que un buen internista moderno podría, con los fragmentos que hemos copiado y los que hemos dejado sin copiar, formular el diagnóstico de la epidemia sin gran peligro de error. Son interesantes también las consecuencias que en el orden moral produjo la Guerra Grande de los griegos, tan semejantes a las producidas en el mismo sentido por las dos guerras mundiales: "Además de estos males —dice Tucídides—, las guerras y las epidemias de Atenas fueron causa de una mala costumbre que después se extendió a muchas otras cosas. Los pobres que heredaban de los parientes ricos no pensaban más que en divertirse, porque temiendo ser víctimas de aquella enfermedad, no querían perder la ocasión de gozar de sus riquezas. Y no había nadie que, por respeto a la virtud, quisiera emprender obra buena que exigiese cuidado o trabajo, no teniendo esperanza de vivir hasta que estuviera acabada. Así es que todo aquello que entonces encontraban alegre y placentero al apetito humano, lo tenían por honesto y provechoso, sin ningún temor de los dioses o de las leyes, pues les parecía que era igual obrar mal o bien, atendiendo a que morían los buenos lo mismo que los malos, y no confiaban vivir tanto tiempo que pudiera caer sobre ellos el peso de la justicia, antes esperaban su castigo mayor por sentencia de los dioses, que ya estaba dada, y era el morir sin aviso a cualquier hora...". No parece sino que estemos leyendo las reflexiones de un moralista moderno acerca del espíritu de las gentes durante los días que siguieron a las dos guerras mundiales. Claro está que una guerra que duró medio siglo no podía sostenerse con la intensidad que tuvieron las guerras contra los persas, y esto produjo también caracteres muy diferentes de los que encontramos en los campos de batalla de Maratón y Salamina. Durante estas luchas de Esparta contra Atenas no se advierte ya aquel contraste del gran monarca oriental, con sus fastuosos sátrapas y sus enormes ejércitos, mientras los generales griegos, animados de noble patriotismo, hacen prodigios en el campo de batalla con sus cargas de infantería ligera, en la que cada soldado era un héroe. No, los jefes son otros, y los ejércitos son también distintos. No vamos a trazar ahora una descripción detallada de las campañas; sólo mencionaremos algunos episodios para que se advierta el cambio operado en el ambiente moral de la Grecia de Milciades con respecto al de la Grecia del tiempo de Alcibiades.

Después de una serie de ataques de Es-



El rapto de Ganimedes, terracota griega de hacia 470 a. de J. C. (Museo de Olimpia). Según la mitología, Zeus raptó a este bello joven mientras estaba guardando los rebaños de su padre y lo llevó a vivir con los dioses para que les sirviera de copero.



Templo de Hefestos, en la ciudad de Atenas, más conocido como el Teseion. Aunque la suerte política de Atenas en el siglo V a. de J. C. fue alterna, las grandes obras de arte que han llegado a nuestros días lo señalan como el siglo clásico.

parta contra Atenas, sin auxiliar ninguno extraño, la guerra tomó un carácter más general en 431. Fue una querella colonial la que determinó el cambio. Una colonia de Corinto —doria también como Corinto lo era—, asentada en Corfú, sostenía ciertas diferencias con algunos de sus colonos, establecidos en un lugar llamado Epidamos. Esto quiere decir que Epidamos era una colonia de Corfú, como Corfú lo era de Corinto. Los colonos de Epidamos, para decidir la contienda, acordaron pedir auxilio a la ciudad madre —o sea Corinto—, mientras que Corfú, asustada de tener que pelear no sólo contra Corinto, sino contra todos los dorios confederados, resolvía entrar en la liga que presidía Atenas. Corfú era una potencia ma-

ritima de primer orden, pues disponía de ciento veinte buques de guerra; esta flota, reunida con la de Atenas, impondría su voluntad a toda Grecia. Tucídides detalla cuanto se hizo para evitar el cataclismo; el rey de Esparta, Arquidamo, que era el general en jefe, proponía demorar la declaración de guerra con estas juiciosas palabras: “No movilizemos todavía. La guerra no es un negocio que se resuelve con las armas; el dinero es el que proporciona las armas y la fuerza para usarlas, y el dinero es lo más necesario cuando una potencia continental, como Esparta, lucha contra un poder marítimo, como Atenas. Procurémonos primero este dinero y entonces podremos eficazmente auxiliar a nuestros aliados”. Y en 431

antes de J. C. el dinero estaba del lado de Atenas; ésta tenía en su tesoro 9.700 talentos cuando empezaron seriamente las hostilidades. Arquidamo atacó con vigor e hizo a Atenas todo el daño que podía hacerle sin la colaboración de una armada. La guerra se complicó con querellas locales, que no faltaban nunca en las ciudades griegas; los demócratas exigían la alianza con Atenas, los oligarcas caían del lado de Esparta. Las colonias, descontentas, perseguían su libertad asociándose al bando contrario del que seguía la metrópoli, así es que cada año ocurría algo que renovaba el conflicto.

Los espartanos dirigían, naturalmente, la política de los dorios y entre ellos aparecieron dos jefes respetables, que se consagraron a la causa que defendían: éstos son el citado Arquidamo y otro llamado Brásidas, que murió en el campo de batalla. Los "hombres" de Atenas en esta época son muy inferiores a los de la generación anterior. Carecen especialmente de genio político, como lo tuvo Pericles, que además era de nobleza moral indiscutible.

La clase media, la que hoy llamaríamos burguesía de Atenas, estaba tocada de una filosofía mezcla de ateísmo y superstición, que en las dificultades domésticas y en las que provenían del exterior buscaba principalmente el provecho personal e inmediato. Los sofistas, que eran los maestros y pensadores en el ágora, practicaban una especie de pragmatismo, encontrando soluciones para cada dificultad sin empeñarse en fundarlas sobre una moral absoluta. Se continuaban las fiestas nacionales de las Panateneas y los cultos místicos, sobre todo los misterios, pero sin fe ni entusiasmo. Manifestando respeto a los dioses olímpicos, en los momentos terribles de un sacrificio en un lugar santo nadie se hubiera atrevido a insinuar con incredulidad que el genio, dios o héroe no se aproximaba desde la región en que generalmente habitaba. Acudía para aspirar el humo del holocausto y el vapor de la sangre de la víctima. Pero una vez enfriado el sentimiento y con la pesadilla de la guerra, el ciudadano ateniense olvidaba el beneficio que podía haber recibido de los dioses y procuraba distraerse con la filosofía y la ciencia práctica. Otros se daban a supersticiones que creían compatibles con la religión nacional. Los discípulos de Pitágoras, aun en la tercera generación, continuaban los ejercicios catárticos, agregándoles infinidad de tratamientos y creencias irracionales que se les habían injertado de bárbaros y extraños del propio país. Los pitagóricos de esta época triste no permitían que entraran en la casa golondrinas, y no podían comer habas ni pescado... Los muertos se enterraban sobre un

lecho de hojas de mirto, y así, con estas ordenanzas y prohibiciones, se entretenían, olvidándose algo de la tragedia militar.

Con la mentalidad que hemos explicado, formada de supervivencias de antiguas tradiciones y de la acumulación de supersticiones aportadas por nuevos cultos, ya puede comprenderse qué clase de ciudadanos diri-

Busto de Tucídides, historiador de la guerra del Peloponeso, gracias al cual conocemos con detalle el curso de la guerra hasta 411 a. de J. C. (Museo Capitolino, Roma). Ningún período de la historia de Grecia está tan documentado como los años de esta guerra gracias a las crónicas de Tucídides, punto central de la tradición histórica que nace en Heródoto y continúa en Jenofonte.





Busto y cálato de una cariátide del estilo de las que sirven de columnas en el Erecteo de la acrópolis de Atenas (Museo de Eleusis). En el arte griego reciben el nombre de cariátides las figuras femeninas de pie que hacen de soporte. Más que en la arquitectura se emplearon en las artes menores.

gían la política, es decir, formaban lo que hoy llamaríamos cuerpo electoral, el que participaba de un modo influyente en la elección de los magistrados. Así se explica que los tribunales de Atenas en esta época tomaran medidas tan injustas, casi criminales, como la de condenar a muerte a Sócrates.

Lo peor era la influencia de los más activos para nombrar generales y magistrados. Uno de ellos fue Nicias, rico minero, generoso y bienintencionado, pero dado a supersticiones, falto de talento y pusilánime, general de Atenas en los más peligrosos tiempos de la guerra. Otro general, elegido alguna vez con preferencia a Nicias, fue Cleón, el curtidor, hombre ignorante y cruel, "un mal sin mezcla de bien", según Plutarco. Por fin, el tercer personaje representativo de la democracia ateniense en esta época es Alcibiades, quien merece algunas palabras de presentación: perteneciente a la familia de los Alcmeónidas, quedó huérfano muy joven y heredero de una inmensa fortuna. Su tío y tutor era el propio Pericles, aunque poco pudo influir éste en su educación. Desde su juventud, Alcibiades diose a conocer por su carácter turbulento, mezcla de todas las malas pasiones. Casi no hay vicio del que no pueda acusársele, pero él hace alarde de sus faltas, no tiene nada de hipó-

Bajo relieve de hacia 400 antes de J. C. que representa un trirreme de los que formaban la escuadra naval ateniense que emprendió la expedición contra Siracusa (Museo de la Acrópolis, Atenas).

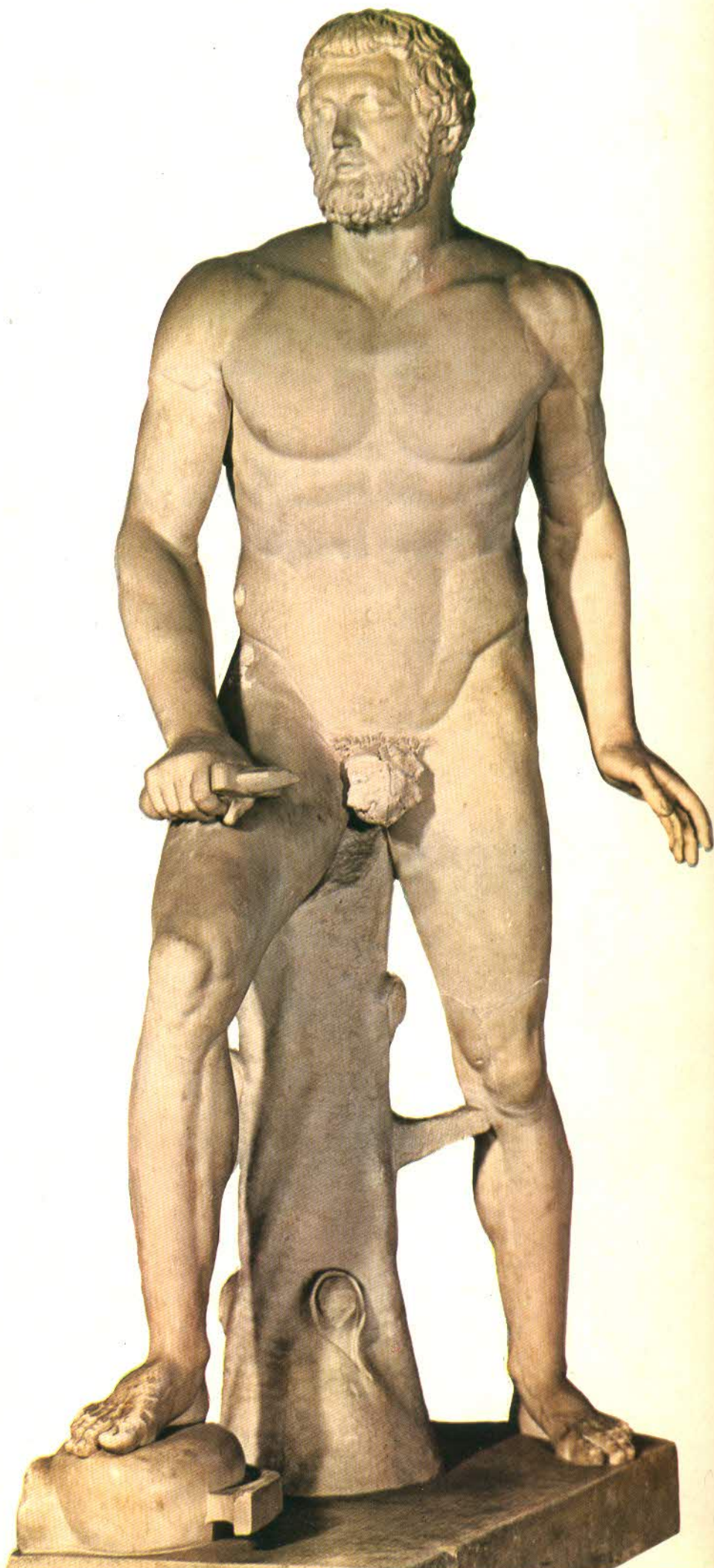


crita, y el vigor de su temperamento, su sinceridad, la franqueza con que acepta la responsabilidad de sus acciones, lo han hecho el más interesante de los hombres de su tiempo.

Por ejemplo, Alcibiades ceceaba, pero ya dice un poeta: "Inclinaba la cabeza a un lado y exageraba su ceceo". Era dado a toda clase de vicios sexuales, paseaba por el ágora con largas vestiduras, pero tenía hijos sanos y era apuesto hasta en su vejez. Su joven esposa, Hiparete, pidió el divorcio y pasó a vivir con un hermano suyo, mas Alcibiades la cortejó otra vez y ella no pudo resistirle. Algo, sin duda, lo hacía Alcibiades por pasión, pero no pocos de sus actos obedecían sólo al afán de distinguirse. Cuenta Plutarco: "Un día Alcibiades compró un perro de mucho precio y le hizo cortar la cola, que era lo mejor que tenía el animal. Los camaradas de Alcibiades hubieron de contarle, en son de queja, que en Atenas todo el mundo le criticaba. Alcibiades contestó que era precisamente lo que quería, que le criticaran por el perro y no por otra cosa peor". "Sus caballos eran famosos en el mundo entero, y una vez llevó siete carros de carrera a los juegos de Olimpia, lo que nadie había hecho todavía." Ganó el primero, el segundo y el cuarto premios, y Eurípides cantó su victoria.

A pesar de todos sus vicios, hay que reconocer que Alcibiades no era un caso de afeminación. Siendo aún niño, mordió en una pelea a su contrario. "Alcibiades -dijole éste-, muerdes como una mujer." "También muerden los leones", respondió Alcibiades. Pero, de todos modos, ¡triste suerte la del estado que cae en manos de un Alcibiades!... Y cuando frente a él no hay más que un Nicias o un Cleón, el desastre es inevitable.

Sin embargo, Alcibiades no fue elegido hasta después de la muerte de Cleón. El



*Estatua del caudillo ateniense
Alcibiades (Museo Vaticano, Roma).*

*El encanto de este protagonista
de la guerra del Peloponeso
se halla en su espíritu libre
y en los golpes de genio
de su actuación política.*

*Tan pronto lanza una coalición
de ciudades peloponesas contra Esparta
como acude a conquistar Siracusa,
abandonando el principal
campo de batalla, o se refugia
entre sus enemigos para huir
de las iras de sus compatriotas.*

*Su muerte coincidió
con el fin de la guerra.*

LA CRISIS DEL ESTADO EN ATENAS ANUNCIA LOS CONFLICTOS CIVILES DURANTE LA GUERRA DEL PELOPONESO

En el último tercio del siglo V abundan en los círculos intelectuales y políticos de Atenas las discusiones sobre el concepto de estado y el concepto de ley. Tres opiniones opuestas, la tradicional, la crítica de los sofistas y la concepción moral de Sócrates, son un signo de la ruptura de la unanimidad democrática.

CONCEPCION TRADICIONAL

La organización colectiva que es la ciudad griega se basa en el respeto y la sumisión de todos los ciudadanos a los "nomoi" —leyes—, principios superiores establecidos en los tiempos primitivos por legisladores casi míticos.

CRITICA SOFISTA

El progreso científico y el conocimiento de distintas civilizaciones, con diversos modos de pensar y organizarse, popularizarán la idea de las costumbres como meras convenciones peculiares de cada pueblo, consagradas por la tradición, que pueden adaptarse más o menos a la naturaleza humana, pero también entrar en conflicto con ella.

LA ACTITUD DE SOCRATES

Sócrates, condenado a morir por las leyes de la ciudad, rehúsa aceptar la fuga que le proponen sus discípulos, puesto que prefiere someterse a las leyes de la ciudad que ha escogido para vivir, aunque no sean justas.

El movimiento sofista se plantea el problema de conseguir un conocimiento válido de la naturaleza y la realidad humana por medio de la razón.

Los sofistas tratan de establecer unas leyes de valor universal y se entregan a una crítica de las instituciones tradicionales, desde un punto de vista escéptico y relativista.

Las circunstancias históricas y la estructura política ateniense dan especial trascendencia a una parte de las enseñanzas de los sofistas: la retórica, cuya finalidad práctica era convencer a la Asamblea o los jueces para que decidan en un determinado sentido. Pero si se ignora qué es lo justo y lo injusto, si toda afirmación puede ser inmediatamente contradicha, la retórica se vacía de contenido, se convierte en fin en sí misma, en práctica amoral.

El interés de los sofistas se centra en el hombre y los problemas de la realidad humana, y si en parte, como todos los humanismos, parece un movimiento optimista —el hombre es infinitamente perfectible por la educación—, conciben la realidad humana como trágica, inestable, compleja.

No conservamos sino fragmentos o relatos indirectos de la enseñanza de los sofistas y en especial del pensamiento de los dos hombres cuya enseñanza en la Atenas del siglo V fue decisiva: Protágoras y Sócrates.

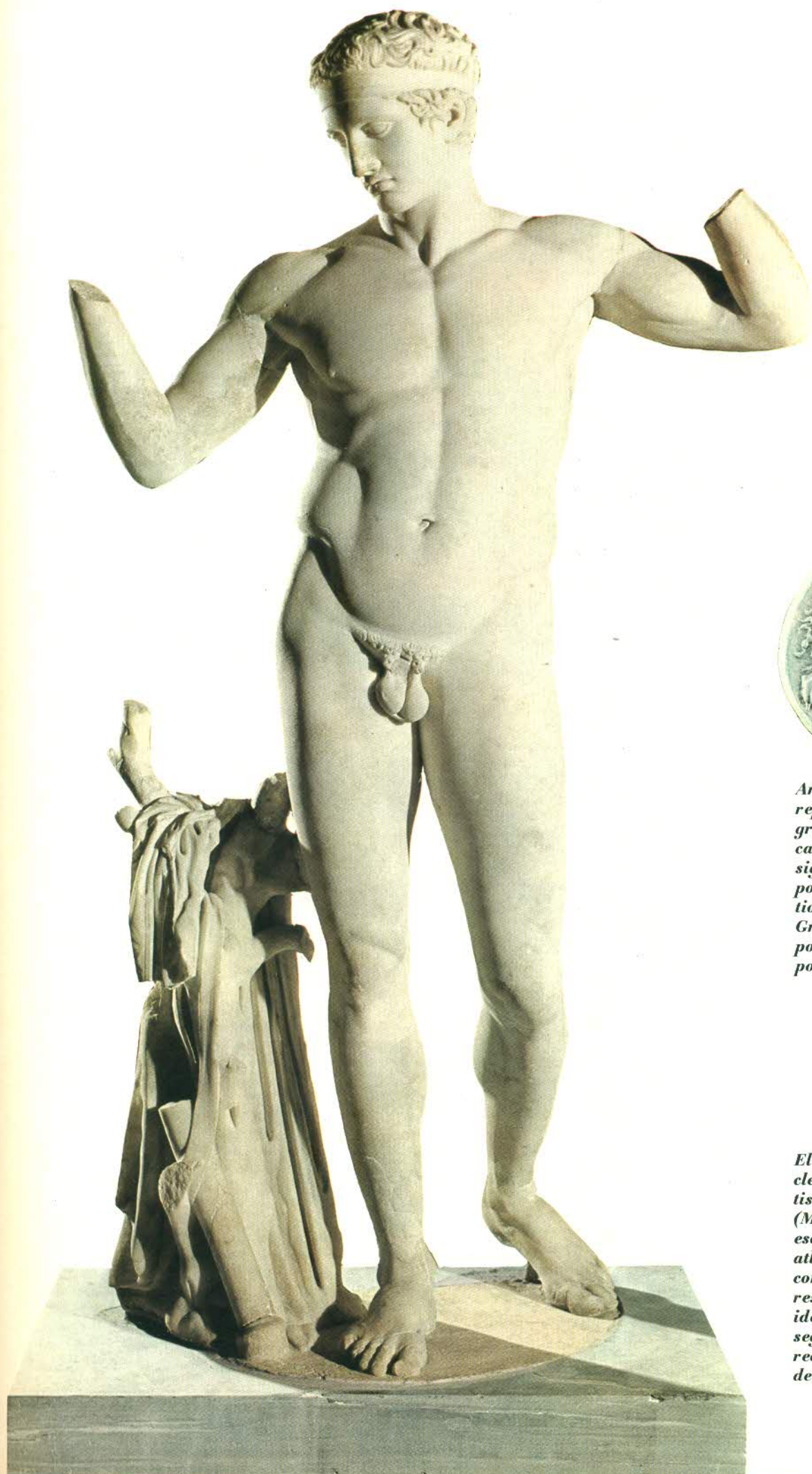
El contenido de sus doctrinas y el ambiente que les rodeaba han sido reconstruidos en las obras de sus discípulos, especialmente Platón. Éste ha glorificado la figura de Sócrates al tiempo que lanzaba una feroz diatriba contra los sofistas.

La época que coincide con el apogeo del movimiento sofista es un momento revolucionario en la historia del pensamiento; gran número de intelectuales, sobre todo en Atenas, liberaron a los hombres de supersticiones y prejuicios, dictados por una moral convencional.

curtidor estratega sucumbió como un bravo en la misma acción en que murió también Brásidas, el general espartano. Desaparecidos de la escena política Cleón y Brásidas, acaso Nicias hubiera podido concertar una paz duradera a no haber sido por Alcibiades. Cleón en Atenas y Brásidas en Esparta eran los jefes del partido de los irreconciliables. Nicias, ya más viejo y cansado, concertó un tratado de paz que fue recibido, por lo menos en Atenas, como un don del cielo. Pero Alcibiades, recelando que se olvidarian de él por el afecto que demostraban a Nicias, dificultó con su obstrucción el proceso algo lento de las negociaciones para que los aliados aceptaran las condiciones que habían ya convenido Esparta y Atenas. Además, recordemos que, por carácter y por tradición, Alcibiades quería continuar la política de expansión de Pericles. Con sus alianzas y sus armadas, Atenas parecía invulnerable. Dominaba el Egeo y era dueña del Bósforo; si Atenas podía asegurarse los mares de Poniente como tenía seguros los de Levante, un día u otro Esparta y sus aliados tendrían que sucumbir, aceptando la supremacía de Atenas como un hecho indiscutible. ¿Por qué, pues, precipitarse a poner término a aquella guerra si sólo estaban en sus comien-

zos? Nada había de absurdo en esta política de Alcibiades y tal vez Atenas hubiera conseguido unificar a Grecia si hubiese tenido hombres del temple de Pericles por dos o tres generaciones más. Pericles ya había establecido su colonia de Turi, en el talón de Italia, pensando en el Oeste. Era hacia allí, y hacia el Norte, a donde había que ir a buscar la *terra ignota*, llena de promesas. Alcibiades, en el ágora, se expresaba así: "¿Quién nos impide dominar a Sicilia, dividida en bandos, y desde ella penetrar en Italia e invadir la Libia, o sea el Africa?... ¡Qué pequeñas parecerán nuestras querellas con los espartanos el día que tengamos continentes inmensos en medio del mar!". ¡Es el eterno espejismo de la tierra lejana!

No, no había nada de absurdo en las palabras de Alcibiades; lo único absurdo era que fuese él quien lo propusiese. Por aquel entonces, en el centro de Italia, una pequeña ciudad murada, llamada Roma, luchaba para librarse de la tutela de los etruscos. Roma era joven, sin apenas marina ni colonias, pero dentro de ella no había ningún Alcibiades. Otra diferencia era que Roma podía esperar, pues su vida se contaba por generaciones, y Alcibiades no; cada año que pasaba, reducía sus fuerzas y su afán de gozar. En



Aretusa, ninfa de Siracusa, representada en una moneda griega de la ciudad (Biblioteca Nacional, París). Desde el siglo VII, en que fue fundada por una expedición de corintios, esta colonia de la Magna Grecia estuvo ligada a la vida política y artística del Peloponeso.

El Diadúmeno, obra de Policleto, uno de los grandes artistas del siglo V a. de J.C. (Museo Nacional, Atenas). La escultura, que representa un atleta con la frente ceñida con la cinta de los vencedores, tiene las proporciones ideales del cuerpo humano, según el ideal de Policleto, reconocido por los escultores de todos los tiempos.

HISTORIADORES Y LITERATOS DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

Un poco anterior a Sócrates es Heródoto de Halicarnaso, llamado por Cicerón "padre de la Historia". Lo podemos encuadrar dentro de la tradición científica jonia. Es más bien un hombre del pasado, pues, al igual que Píndaro, Esquilo y Sófocles, está inserto en las creencias religiosas y morales de la Grecia arcaica.

Heródoto tiene importancia porque empieza a buscar una conexión causal entre los fenómenos históricos. La tradición ya no se acepta sin más, sino que se somete a un análisis crítico. Comparte con los jonios Tales y Hecateo de Mileto un agudo sentido de la realidad que le impulsa a conocer también el mundo no helénico.

La concepción que Heródoto tiene de la historia es ético-religiosa. Parece que su fin primitivo era escribir relatos independientes sobre diversas regiones. Después trataría de escribir una historia de Persia. Pero su estancia en Atenas amplió sus horizontes y creó un conflicto entre Oriente y Occidente.

Su concepción de los fenómenos históricos y políticos era ya anticuada en su época. Sus personajes jamás actúan por motivos políticos. Ve en toda guerra un castigo o una intervención de la divinidad. El rey persa Jerjes ha cometido el pecado de soberbia y por eso merece como castigo la derrota total. Hemos de llegar a Tucídides para encontrar en la psicología humana el motor de la historia.

Tucídides nació en Atenas aproximadamente hacia el año 454 a. de J. C. Por su nacimiento está vinculado a la más alta aristocracia ateniense. Tenía relaciones de parentesco con el político Cimón, hijo

de Milciades, y quizá también con Tucídides, hijo de Melesias. O sea que por tradición familiar tiene motivos suficientes para conocer la trayectoria militar y política de Atenas. Las circunstancias de su vida son azarosas. Su niñez y mocedad transcurren en la plácida calma de Atenas, que, en paz con Persia y Esparta, establece las bases de su imperio marítimo. Son los dorados días de Pericles y del auge esplendoroso de la Ilustración.

Luego vino la guerra del Peloponeso, en la que Tucídides tomó parte activa. Había sido elegido estratega y en el año 424 le encomiendan una difícil misión: la defensa de Anfípolis, atacada repentinamente por el espartano Brásidas. Tucídides acudió apresuradamente desde Tasos con sus naves, pero llegó demasiado tarde; la plaza se había perdido. El pueblo ateniense, hostigado por el demagogo Cleón, reaccionó violentamente y condenó a nuestro hombre al destierro, que duró veinte años, hasta el final de la guerra del Peloponeso. No tenemos noticias de que volviera a Atenas. Parece que murió después del 404, fecha en que se interrumpe bruscamente su historia. El destierro de Tucídides supuso una desvinculación de la política activa, pero fue fecundo en experiencia y conocimientos. Le permitió observar con mayor imparcialidad los sucesos bélicos que desarrollaron las dos potencias contendientes.

Después de estos detalles sobre su vida pasamos a señalar las características más importantes de su obra, la cual no relata la historia de un pasado mítico legendario, sino el acontecer de un presente marcado por las miserias de la guerra. Si la obra de

Heródoto reflejaba la intervención divina, la de Tucídides está presidida por la acción y el pensamiento humanos. Su método histórico es riguroso: está fundamentado en la crítica y en la imparcialidad.

El tema de la obra de Tucídides es, pues, la guerra del Peloponeso, desde el 431 hasta el 411. El plan de la obra había de comprender hasta la batalla de Egos Pótamos, pero no llegó a concluirse. La obra, sin duda, está incompleta, pues el último libro, el octavo, carece de discursos.

En su historia desempeñan un papel importante los discursos, puestos en boca de personajes famosos. En ellos se condensa el pensamiento del autor, verdadera creación de Tucídides y culminación de su obra.

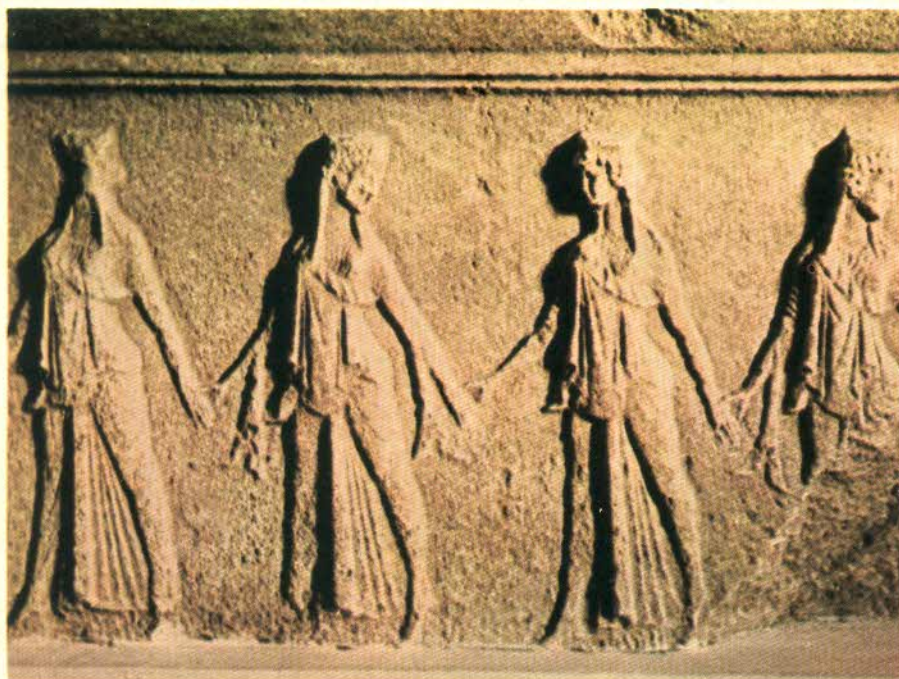
Señalemos ahora las particularidades literarias más notables de su obra. Influyó notablemente en su estilo algún rasgo sofístico, sobre todo el pensamiento antitético de Gorgias y la sinonimia de Pródico. El hecho de ser desterrado de Atenas también tuvo repercusiones en su estilo. El mismo año de su destierro, 424, vino a Atenas el sofista Trasímaco, que impartió enseñanzas sobre los períodos largos, armoniosos, lo que se ha dado en llamar prosa trabada, característica fundamental de los autores áticos posteriores. Tucídides al escribir crea la prosa ática, valiéndose de los medios que tenía a su alcance: elementos de la sofística y de la ciencia médica hipocrática. Por eso su prosa es dura, de difícil lectura. Se caracteriza por la brevedad y la concisión. Gusta de la variación y de la antítesis, lo que hace su pensamiento retorcido, pero nunca encontraremos en él el período largo y fluido a la manera de un Demóstenes, por las circunstancias antes apuntadas.

En resumen, podemos afirmar que Tucídides es el creador del método histórico científico, tal como lo concebimos nosotros. Su obra tiene gran actualidad en la época presente, debido sobre todo a la analogía existente entre las dos guerras mundiales con las guerras del Peloponeso, analogía puesta de relieve por los eruditos.

Ya desde la antigüedad se trató de proseguir su obra, interrumpida bruscamente en el año 411. Las *Helénicas* de Jenofonte reflejan ese intento desesperado, pero fallido, pues sobre todo los últimos libros carecen de rigor científico. A pesar de estos defectos, las *Helénicas* de Jenofonte son un documento importante para conocer este período de la vida política de Grecia.

*

La vida de Aristófanes transcurre durante la guerra del Peloponeso. Fue en política adversario de los demagogos y contrario a la política de guerra y de aventura. En el campo educativo es contrario a la





novedad de los modernos educadores: los sofistas.

De las cuarenta comedias que compuso sólo conservamos once. *Los acarnienses*, la más antigua de las conservadas, es una comedia política en la que se condena la guerra y el militarismo lo mismo que en *La paz* (421). Critica también a los líderes políticos del momento. *Los caballeros* es un duro ataque contra Cleón. Pero no sólo zahiere a éstos, sino también a los intelectuales progresistas de la época, pues la comedia siempre satiriza los movimientos de vanguardia. De ahí que escribiera *Las nubes*, sátira contra Sócrates, considerado un sofista más.

A partir del 421 hay una laguna en la actividad de Aristófanes. Las comedias que siguen son menos agresivas, atacan menos a las personalidades políticas del momento. *Las aves* (414) es una comedia de pura invención, sin contacto alguno con lo real.

Las Tesmoforiastas es una sátira dirigida contra la misoginia de Eurípides. En *Las ranas* se afirma el valor pedagógico y civil de la poesía. Es un duro ataque contra Eurípides, que resulta vencido en un certamen literario por Esquilo.

En las dos últimas comedias, *Las Eclesiazusas* y *El Pluto*, el carácter apolítico se acentúa cada vez más; la comedia trata desde ahora temas genéricos y abstractos, apenas relacionados con la realidad del momento. También el tipo artístico ha cambiado; ha decaído la importancia del coro y desaparecido la parábasis

(parte central de la comedia, en la que los actores abandonan la escena y el coro dirige al público una sátira mordaz). La comedia ática tiende a convertirse en "comedia nueva".

*

Por primera vez, en Eurípides aparece como un deber ineludible la voluntad de expresar en sus obras la realidad tal como existe en la vida cotidiana. Este tratamiento realista del mito sirve para poner de manifiesto sus incongruencias y acercar el héroe trágico al hombre vulgar. Por ello sus personajes reflejan cinismo, maldad, ambición, cobardía. Esto era algo revolucionario para su época, pues el mito siempre había expresado un mundo ficticio e idealizado. Por eso tuvo pocos adeptos y despertó aversión entre sus contemporáneos. Sin embargo, venció al fin y sus obras se representaron en todo el mundo de habla griega.

Eurípides plantea en sus obras todos los problemas de la burguesía de su época. Con el crecimiento de la libertad individual, la gente trata de mitigar sus problemas por medio de la reflexión y la razón. Se discuten aspectos del matrimonio: conveniencia de casarse, tener hijos. Es importante este aspecto, porque se presentan públicamente las relaciones sexuales, que hasta entonces habían sido un tema tabú.

Donde este aspecto alcanza tonos más patéticos es en *Medea*, princesa bárbara

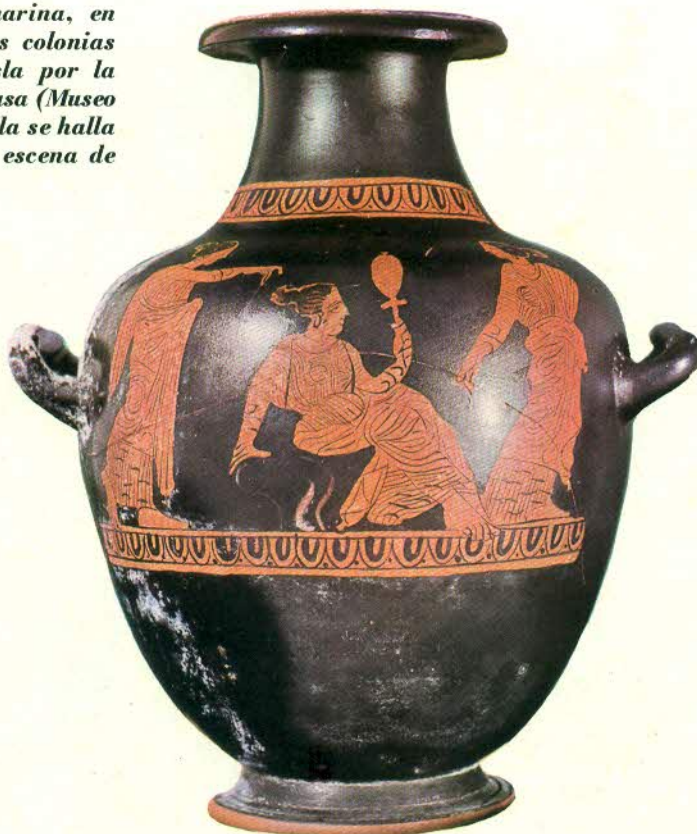
que mata a sus hijos para ultrajar a su desleal marido. En esta tragedia se enfrenta el egoísmo ilimitado del hombre y la pasión incontrolada de la mujer. En manos de Eurípides, el héroe Jasón se convierte en un cobarde oportunista.

En el *Hipólito*, Eurípides desarrolla el llamado tema de Putifar: la madrastra intenta seducir a su hijastro, vengándose de su fracaso con la calumnia. En esta tragedia se plantea la lucha entre el amor y la castidad. El impulso hacia el realismo que observamos en todas sus obras quizá podría explicar su inquisidora psicología, que lo aparta del resto de los trágicos griegos y que ha hecho de él un modelo para los dramaturgos modernos. De ahí que sus personajes sean seres desquiciados, casi patológicos, deformados por el dolor de la realidad.

A Eurípides se le consideró el siglo pasado como típico representante del racionalismo del siglo de Pericles. De ahí sus discusiones y argumentaciones filosóficas, en que participan hombres de todas las edades y de todas las clases sociales. Los personajes de Eurípides tienen un afán insaciable de felicidad y una sed apasionada de justicia, que no halla satisfacción en este mundo. De ahí su profundo escepticismo y pesimismo ante la vida. Esta faceta de nuestro trágico quizá sea la que nos acerca más a sus personajes, pues nosotros vivimos también presos en el pesimismo y la angustia existencial.

J. A.

Cerámica de Camarina, en Sicilia, una de las colonias fundadas en la isla por la población de Siracusa (Museo de Siracusa). En ella se halla representada una escena de aseo femenino.



lo que se engañaba Alcibiades era en su desprecio por Libia. Allí estaba Cartago, y los cartagineses no eran como los fenicios, que “trabajaban” servilmente para los persas. Los semitas de Cartago defendían sus intereses personales, tenían experiencia sobrada y recursos superiores a los de Atenas. Pero en el ágora, y propuesto por Alcibiades, todo parecía fácil. Lo único importante era empezar, y para empezar, el primer paso era dominar a Sicilia. Plutarco trata de dar color a su relato de la *Vida de Alcibiades* diciendo que “los jóvenes estaban tan entusiasmados con la maravillosa expedición, que, sentados en el suelo de las palestras y de los pórticos, trazaban en la arena mapas de la configuración de Sicilia y la posición respectiva de Italia y de Cartago”.

Sin embargo, las gentes sensatas de Atenas, hasta el mismo Sócrates, que sentía gran afecto por Alcibiades, eran contrarias a la expedición de Sicilia. Los oráculos eran también desfavorables, pero Alcibiades se procuró otros y trató de dar nuevo sentido a los que no parecían muy claros. La fortuna le ayudó con la llegada de una embajada de Sicilia, motivada por un asunto parecido al

LA GUERRA DEL PELOPONESO, ¿GUERRA TOTAL?

“El pretexto esgrimido fue una rivalidad de intereses económicos entre Megara y Atenas, pero la marcha posterior de los acontecimientos iba a revelar rápidamente su verdadero sentido: la lucha entre dos potencias hegemónicas, una territorial y otra marítima; entre dos ideologías: una oligárquica y otra democrática; entre dos sistemas: uno el de Esparta, favorable al fraccionamiento de Grecia en ciudades autónomas, y otro el de Atenas, que aspiraba a forjar la unidad de todo el mundo helénico bajo su hegemonía” (“Las grandes corrientes de la historia universal”, de J. Pirenne).

“En el año 431 estalló otro conflicto entre Atenas y los peloponenses. Aparentemente era sólo la continuación de la lucha que en el año 446 había finalizado con una insegura paz. Pero de hecho la atmósfera cambió por completo: el éxito y el orgullo de los atenienses exasperaban a las ciudades que se habían mantenido independientes. Se iniciaba una lucha a muerte, una interminable lucha de casi treinta años, en la que cada uno llevó sus energías a extremos desesperados: se calcula que Atenas movilizó el 29 % de su población (en los tiempos modernos, guerras revolucionarias, 3 %; guerra de 1914-18, 10 %). No puede extrañarnos que Atenas quedara destrozada para siempre” (“La aventura griega”, de P. Leveque).

“Esta guerra total desquició todas las estructuras. La agricultura quedó arruinada durante mucho tiempo a causa de las primeras invasiones de los peloponenses, que no vacilaron en cortar los olivos y arrancar las vides... Toda la vida tradicional desapareció, las procesiones y muchas ceremonias religiosas quedaron interrumpidas; había que distribuir trigo, aumentar los “mistoi” —los heliastas contribuyeron con tres óbolos, en vez de los dos, desde el año 425— no sólo porque los demagogos habían de halagar al pueblo maltratado por tantas privaciones y desastres, sino porque la vida se hacía cada vez más dura” (id.).

“Ante la amenaza que se cierne —estado de guerra con los persas— y apremiados además por la crisis comercial resultante del cierre del mar Negro, los delegados de todas las ciudades griegas se reúnen en Sardes para escuchar al sátrapa y éste, en nombre del rey, les dicta una paz que fija su estatuto. La diplomacia nunca se había expresado en tal tono: Persia sostenía la teoría de la soberanía universal. Las ciudades griegas se convertían en estados menores y el instrumento de su decadencia era la autonomía, que, reduciéndolas a la impotencia, les obligaba a aceptar la tutela del Gran Rey, bajo el cual se realizaba, por primera vez en la historia, la unidad de Grecia” (“Las grandes corrientes...”, de J. Pirenne).

Corinto, gran potencia marítima desde el siglo VI, ve amenazados sus mercados occidentales, Italia y Sicilia sobre todo, por la expansión comercial ateniense.

En Beocia, Lócrida y Fócida, la influencia ateniense crece, en detrimento de la espartana, lo que altera la situación entre Atenas y Esparta al finalizar las guerras médicas.

Atenas bajo Pericles protagoniza una política económica amplia: monopoliza la importación de productos italianos, de cuyo comercio dependen las ciudades del norte y oeste del Peloponneso, y asegura su preponderancia con adquisiciones militares y diplomáticas.

Esparta, potencia continental y aristocrática, y Corinto, potencia marítima y oligárquica, se alían para defender a la vez sus intereses, amenazados por Atenas, en la Grecia peninsular e insular y sus sistemas de gobierno.

Pericles lleva a cabo una política agresiva contra Corinto; en el año 435 a. de J. C., en el conflicto entre Corcira y Corinto, apoya decididamente a la primera; en el año 432, el decreto megárico prohíbe la entrada de los barcos de Megara, aliada de Corinto, en los puertos de la Confederación Ateniense.

EL DESARROLLO DE LA GUERRA

El conflicto nos retorna a los tiempos de las guerras médicas: la relación de Grecia con las potencias extranjeras vuelve a aparecer; Esparta, sostenida financieramente por los persas, no vacila en entregar al monarca medo las ciudades griegas en Asia Menor, facilitará la intervención de los persas en la península y no podrá impedir que al final de la guerra todo el país haya entrado en la órbita de influencia del estado aqueménida.

La guerra del Peloponeso incide en una cuestión que parecía zanjada desde los albores del siglo V: ¿qué régimen es el ideal para la ciudad-estado? En Atenas, el gran fracaso de la invasión de Sicilia redonda en descrédito del estado democrático y en el año 411 un golpe de estado devuelve, por primera vez desde casi un siglo, el poder a los aristócratas.

que había impelido a Atenas a intervenir en Corfú. Una ciudad llamada Leontini, en la costa oriental de Sicilia, demandaba auxilio contra el despotismo de Siracusa. Otras ciudades apoyaban la demanda y prometían otras alianzas si Atenas intervenía. Acompañaba a la embajada el retórico Gorgias, a quien Platón presenta como un orador capaz de defender los mayores absurdos. Con este refuerzo huelga decir que Alcibíades consiguió hacer votar por el pueblo, reunido en asamblea, su proyecto de expedición contra Siracusa. Los generales que debían dirigir la campaña fueron Nicias, un tal Lamaco y el propio Alcibíades; la armada, por su número y excelente armamento, dice Tucídides que superaba hasta a las más poderosas de los tiempos de Pericles. En ciento treinta y cuatro buques de guerra iban más de cinco mil soldados, sin contar los honderos y auxiliares, que sumaban muchos más. ¡Ninguno de ellos, o muy pocos, debían volver a su patria!

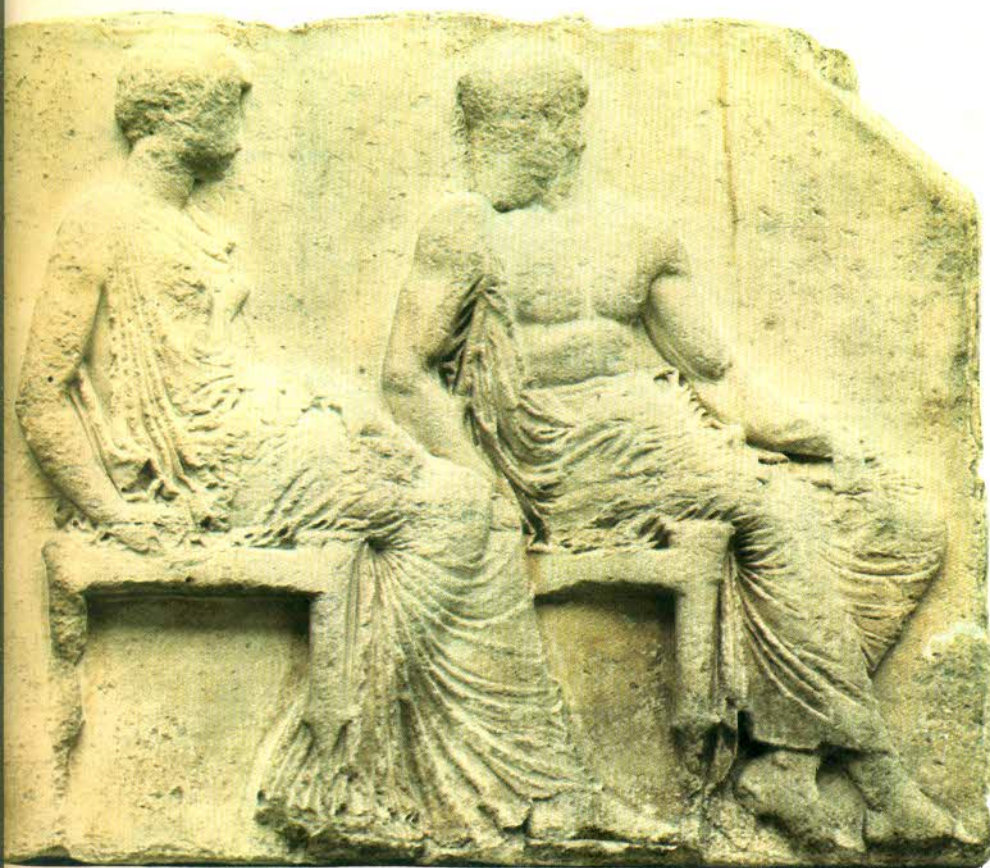
He aquí cómo Tucídides describe la despedida de la armada ateniense: "Embarcada la gente en el Pireo y desplegadas las velas de los triremes, se ordenó silencio a son de



Busto del comediógrafo griego Aristófanes, que vivió a fines del siglo V y principios del IV a. de J. C. (Museo del Louvre, París). El tema de la paz, utilizado en contra de la guerra del Peloponeso, aparece en sus obras "Los acarnianos" y "La paz". También satiriza el arte dramático de Eurípides y la doctrina de Sócrates y los sofistas.



Detalle de la copa llamada de Brigos, obra maestra entre las piezas de figuras rojas (Museo del Louvre, París). El conjunto de la decoración, que es de principios del siglo V a. de J. C., representa la toma de Troya y es un exponente de la importancia posterior que tuvo la guerra como tema de inspiración del arte.



Fragmento de una metopa del lado sur del Partenón, hecha de mármol del Pentélico, que representa a los dioses Atenea y Hefestos (Museo Británico, Londres). Los temas tratados por Aristófanes en sus comedias turbaron la paz de los dioses en el Olimpo, pues, sacrilegamente, los ridiculizó en más de una ocasión.

trompeta y se hicieron los votos o plegarias a los dioses. Después bebieron en copas de oro y plata, así los capitanes como los soldados y marineros. Los mismos votos y plegarias hacían los que quedaban en tierra, por toda la armada en general, y en particular por sus parientes y amigos. Cuando acabaron las músicas y cánticos, y hechos los sacrificios religiosos, los buques partieron todos

juntos, formando un cuerno; después se apartaron, navegando cada uno según su ligereza y la fuerza del viento. Primero tocaron puerto en Egina y de allí marcharon derechamente a Corfú, donde les esperaban las naves de los aliados de Leontini”.

Al llegar a Italia la armada sólo encontró decepciones. Ninguna de las colonias griegas se asoció a la empresa contra Siracusa, ninguna abrió las puertas a los atenienses; éstos tuvieron que comprar las provisiones en mercados improvisados fuera de las murallas. Tarento y Locri no les permitieron ni desembarcar para tomar agua. Sorprende la ligereza con que se emprendió esta expedición a Sicilia. Hemos comparado el asunto de Siracusa con el negocio de Corfú, pero Corfú era un aliado cuya amistad valía la pena de ser guardada y que podía prestar grandes servicios con sus buques; en cambio, Leontini no tenía ni podía ofrecer otra cosa que su famoso retórico Gorgias. Todavía al empezar las operaciones, Alcibiades, que mandaba la expedición, logró con su astucia, y valiéndose de buenas palabras y del soborno, apoderarse de Catania. Esto sólo ya valía una campaña, porque la ciudad de Catania está entre Siracusa y Mesina y podía servir para dominar el estrecho, amenazar a Siracusa y procurarse buenos aliados, que no hubieran faltado descontentos en un enjambre de colonias como las del sur de Italia y Sicilia, máxime siendo griegas.

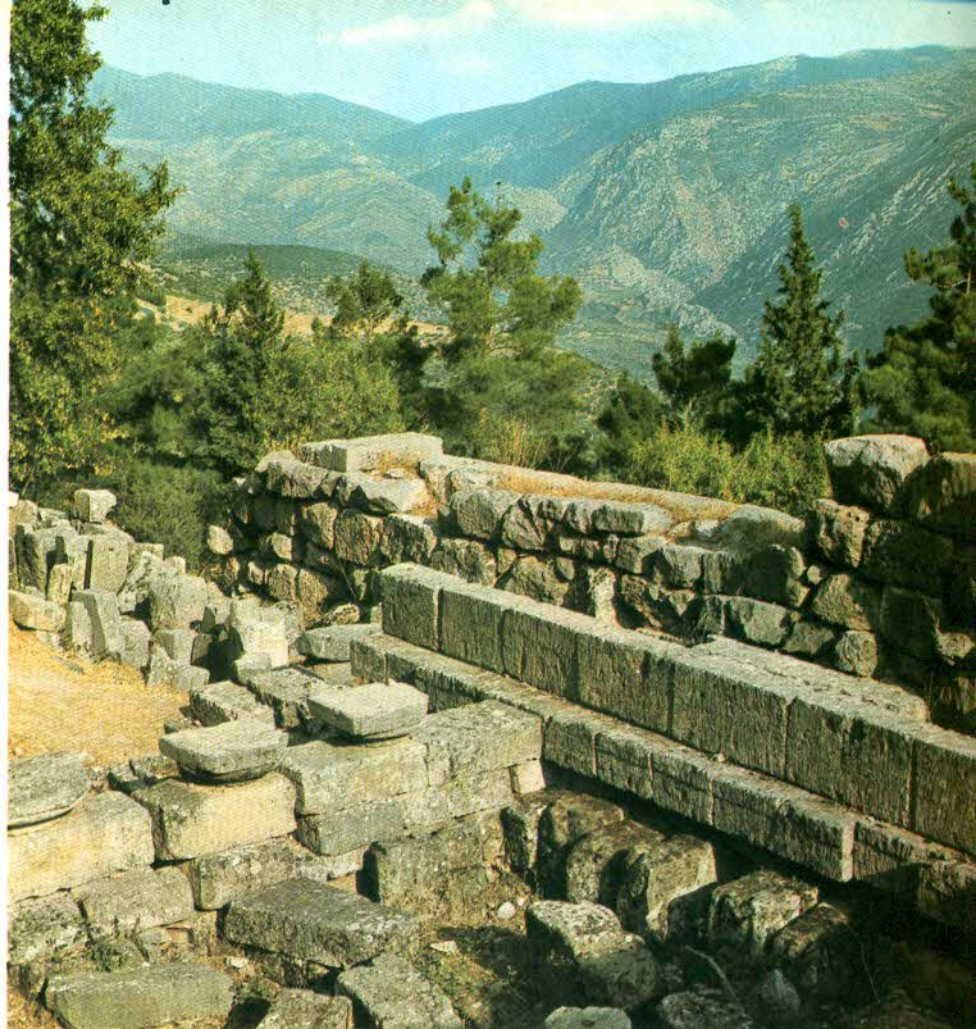
Pero los tribunales de Atenas hubieron de reclamar a Alcibiades y éste tuvo que regresar antes de que se formalizaran las operaciones contra Siracusa. El delito de que se acusaba a Alcibiades era religioso; tenemos copia del documento fiscal, que dice así: “Yo, Tesalus, hijo de Cimón, acuso a Alcibiades, hijo de Clinias, de haber hecho burla de las diosas de Eleusis y parodiado sus misterios, presentándose el susodicho Alcibiades con un vestido igual al que lleva el sumo sacerdote, mientras sus amigos hacían el papel de neófitos”. Bajo el peso de esta acusación, Alcibiades se reembarcó para Atenas, pero durante el viaje cambió de parecer y al fin se dirigió a Esparta, donde se convirtió en consejero de los enemigos de su patria.

Mientras tanto, Nicias y sus soldados quedaban en la playa de Siracusa desorientados y desanimados. El sitio de Siracusa por los atenienses recuerda el desastroso ataque de los Dardanelos por los ingleses. La diferencia está en los resultados: Inglaterra perdió sólo unos millares de hombres en los Dardanelos, pero Atenas perdió su ejército, su armada y su prestigio. Siracusa está en una península, con puerto a cada lado. Los atenienses se esforzaron en bloquearla y para ello empezaron a cons-



truir una muralla que, atravesando la península, interceptara las comunicaciones. Los siracusanos, por su parte, trataron de impedir que los aislaran del resto de Sicilia y alzaron una muralla longitudinal a lo largo de la península. Dirigidos por un general espartano, sin otra ayuda que los dorios de Grecia, los siracusanos lograron desmoralizar al ejército ateniense y Nicias tuvo que pedir socorro a Atenas.

Ni aun con un segundo ejército, ni con una segunda armada de refuerzo, se salvaron



Ruinas del tesoro de Sicyon, en la ciudad de Delfos, que se remonta a mediados del siglo V a. de J. C. Durante la guerra del Peloponeso, una incursión de la armada ateniense desembarcó en Sicyon, junto a Corinto, y llevó el fruto de su rapiña a Delfos, en donde se guardó en un monumento levantado ex profeso para este fin.

los expedicionarios; cuando, por fin, decidieron retirarse, jefes y soldados fueron hechos prisioneros. Los unos, entre ellos Nicias, fueron ejecutados inmediatamente; los otros murieron en las canteras de la ciudad o fueron vendidos como esclavos, con la marca de Siracusa en la frente. Con el botín recogido, los siracusanos acuñaron unas monedas conmemorativas que aún hoy admiramos como obra perfecta del troquel y el cuño.

El que salió mejor librado todavía fue Alcibiades. No sintiéndose muy seguro en Esparta, se había retirado a la corte del sátrapa persa que gobernaba Siria y desde allí intrigaba, pretendiendo salvarse él, salvar a Atenas y salvar al mundo con una alianza de los persas y los atenienses. Esto, naturalmen-

El Apolo de Piombino, obra del siglo V a. de J. C. realizada en alguna de las colonias dorias de la Magna Grecia (Museo del Louvre, París). El gesto de su mano izquierda, que parece sostener un arco con las flechas, identifica esta bella estatua como el citado dios.



te, hubiera sido la ruina de Esparta, pero por muchas razones de la complicada política oriental, y porque los persas desconfiaban de Atenas y de Alcibiades, prefirieron ayudar a Esparta, facilitándole la marina de guerra. Y desde el momento en que persas y espartanos obraran de concierto, la catástrofe final de Atenas podía darse por descontada. Todavía Atenas resistió diez años, haciendo

frente con nuevas armadas, cambiando de forma de gobierno, llamando a Alcibiades y desterrándole de nuevo, volviendo a la democracia pura del Consejo de los Quinientos, perdiendo hasta el último buque, sufriendo el sitio final de los espartanos..., y todo sin decaer su interés por las cosas intelectuales.

Es esta segunda mitad del siglo V la gran época del teatro y de la filosofía griegos, y el centro espiritual del mundo era Atenas. Son los años en que Sócrates discurre por sus calles interrogando a la juventud y empezando el esfuerzo glorioso de investigación que ha asociado para siempre el nombre de Atenas con los estudios filosóficos. Allí están, en Atenas, el ya citado Gorgias de Leon-tini, Protágoras, Demócrito, Pródico, Critias y Diágoras. Allí están, escuchándoles, el joven Platón y Jenofonte, aficionado a todo lo espiritual, mientras que Tucídides escribe el primer libro de Historia sistemático, copiando lápidas y documentos, visitando los lugares y describiendo los hechos. Ahora se dice con frecuencia que la verdadera ciencia histórica, con miras al pasado, con el relieve que le da una perspectiva a distancia, es cosa moderna; incluso se asegura que los griegos no tuvieron la noción del tiempo como profundidad, sino que todo está en un plano. Los que esto afirman deben releer a Tucídides —el ateniense Tucídides, como él mismo se llama— cuando dice que “sólo con mucho trabajo se puede hallar la verdad de la Historia. Porque los mismos que están presentes a los hechos, hablan de diversa manera, cada cual según su particular afición o según se acuerda de ellos. Y porque yo no diré cosas fabulosas, mi Historia no será muy deleitable ni apacible al ser oída y leída. Mas aquellos que quisieren saber la verdad de cosas pasadas, y por ellas juzgar y saber otras tales y semejantes, hallarán útil y provechosa mi Historia; porque mi intención no es componer un libro que procure un rato de solaz, sino una Historia que resulte provechosa para siempre”. Este párrafo fue escrito veinte años después de la “publicación” del libro de Heródoto, lleno de fábulas, y a él se alude directamente. Mas el programa de Tucídides ya es el mismo que el del historiador moderno: descubrir la verdad y decirla sin adornos.

Pero la más sintética expresión del espíritu de Atenas en esta época se encuentra en el teatro. La poesía épica y la lírica no parecen hallar ambiente favorable en una sociedad preocupada por un peligro constante como el que rodeaba a Atenas durante los años de la Guerra Grande. En cambio, el teatro no exigía preparación ni calma, y procuraba unas horas de sensaciones fuertes, casi tan reales como las que producían los aconte-

EURIPIDES Y TUCIDIDES COMO DISCIPULOS DE LOS SOFISTAS

Tucídides y Eurípides vivieron en una misma época de la historia de Atenas: juventud y madurez coincidieron con la época dorada de Pericles; sus últimos años, con los desastres de la guerra del Peloponeso.

Idénticas posiciones intelectuales —racionalismo, sentido crítico, desaparición de categorías heroicas y divinas, escepticismo— revelan la influencia de una educación similar —la tradición los considera a ambos discípulos de Anaxágoras, Eurípides es amigo de Sócrates— dirigida o en estrecho contacto con las academias sofistas de Atenas.

EURIPIDES Y LOS SOFISTAS

Como ellos, el escritor griego es un humanista; la tragedia no es ya el enfrentamiento de un hombre con la fuerza divina o con un destino adverso como en Esquilo o Sófocles, sino la lucha del hombre consigo mismo.

Sus contradicciones religiosas han pretendido explicarse por una evolución personal desde sus primeras tragedias —“Las Pelíades”, “Ion”—, ataques a los dioses y a las doctrinas absurdas, al ciclo troyano, respeto y esperanzas en la religión tradicional, para acabar en “Las Bacantes”, tragedia muy discutida y de comprensión difícil, canto al misticismo dionisiaco.

Así Pericles, en su discurso a la Asamblea en el primer año de la guerra del Peloponeso, nos presenta una imagen de la democracia ateniense llena de grandeza: “Tanto por el nombre como porque los asuntos no dependen de una minoría sino de la mayoría, nuestro régimen es una democracia. Si se trata de lo que a cada uno le toca, la ley concede a cada uno, según sus características particulares, una parte equitativa, y en cuanto a los títulos, si uno se distingue en cualquier campo no es por pertenecer a una categoría determinada, sino por su mérito, que le hace alcanzar los honores. Por el contrario, la pobreza no trae como consecuencia que un hombre capaz de servir al estado no logre hacerlo porque una posición humilde se lo impida. Practicamos la libertad no sólo en política, sino también en todo lo que pueda significar molestia en la vida cotidiana, no nos encolerizamos si nuestro prójimo obra extrañamente y no le infligimos humillaciones, que aun sin causar daño, son hirientes para quien las recibe. A pesar de esta tolerancia que rige nuestras relaciones privadas, en el dominio público el temor nos impide hacer cosas ilegales, pues somos conscientes de los magistrados, que uno a uno se suceden, y de las leyes, sobre todo de aquellas que defienden a las víctimas de la injusticia, y de las que sin haber sido escritas atraen como castigo a los infractores claro deshonor” (Tucídides).

TUCIDIDES Y LOS SOFISTAS

Por debajo de una posición intelectual crítica y racionalista, se percibe en la obra de Eurípides cierta inestabilidad de pensamiento en lo político —demócrata, pero opuesto a la democracia ateniense— y en lo religioso.

Tucídides habría recogido de la sofística, aparte su formación personal, un procedimiento para escribir la historia: de cada fenómeno, de cada acontecimiento, aquilatar el pro y el contra, las razones que pueden justificarlo o que se le oponen. El famoso fragmento de su obra que relata el “diálogo” entre milesios y atenienses, cuando los segundos conquistan, contra todo derecho, Melos, ha sido explicado de esta manera, pero el procedimiento se encuentra en toda la obra de Tucídides.

Pero Cleón en un discurso ante la misma Asamblea, durante la guerra del Peloponeso, ofrece otra versión de la democracia cuando expone a sus ciudadanos cómo debe tratarse a los miembros de la Confederación Ateniense: “Acostumbrados en vuestras relaciones cotidianas a la confianza y a la seguridad recíprocas, experimentáis los mismos sentimientos para con vuestros aliados; y cuando los discursos o la compasión os hacen cometer alguna falta, no pensáis que vuestra debilidad os pone en peligro, sin que ellos os lo agradezcan. Olvidáis que vuestra dominación es una tiranía impuesta a hombres malévolos que no están sometidos sino por la fuerza, que no reconocen ninguna de las concesiones, costosas para vosotros, que les habéis hecho y obedecen movidos por la necesidad y no por la cortesía” (id.).



Estatua sedente de Eurípides, poeta trágico griego contemporáneo de la guerra del Peloponeso (Museo del Louvre, París). El afán de impresionar al público le movió a introducir en sus dramas maneras patéticas y conmovedoras, como lágrimas y lamentos. Esta modalidad, ausente de la serena tragedia anterior, dio pie a las críticas de Aristófanes.

cimientos. Mientras Atenas se veía asediada por los espartanos, que talaban sus campos; cuando sus ciudadanos morían de la peste, hacinados entre los muros del camino que conducía al puerto, Eurípides presentaba sus dramas, llenos de profundos problemas morales, y Aristófanes hacía desternillar de risa a los atenienses parodiando sus propias miserias en la escena del teatro de Dionisos.

Aristófanes era ateniense y sentía gran amor por su patria. Es él quien hizo resonar en la escena este verso famoso: "Atenas, la ciudad coronada de violetas...". Un personaje de Aristófanes no puede menos de aborrecer a los espartanos: "Antes que todo, he de confesar que detesto a los espartanos; quisiera que Neptuno —el dios que mueve el suelo— los enterrara a todos con terribles terremotos...". Aristófanes, sin embargo,

se burla de Atenas y de sus hombres; es conservador, al menos para hacer chistes sobre el *demos*; se divierte con los políticos y con la escasez de provisiones que sufre Atenas. Por ejemplo, en su comedia del año 422, uno de los más castigados por la guerra, Aristófanes presenta en escena a un muchacho que pide higos a su padre. Es como si, en plena guerra mundial, un muchacho francés o ale-

Estela funeraria de Hegeso, de fines del siglo V a. de J. C., con la escena de una noble matrona despidiéndose de sus joyas (Museo Nacional, Atenas). El estilo, que corresponde a la época posterior a Fidias, no desmerece del valor artístico del siglo de Pericles. Obsérvese la hermosura de los ropajes de la matrona y de la esclava.



Relieve de sardónice alusivo a una de las obras de Eurípides, "Ífigenia en Táurida" (Museo Arqueológico Nacional, Florencia). El tema, sacado de la mitología, relata la suerte de Ífigenia, princesa griega, cuyo sacrificio es impuesto como condición para que la flota griega que parte para Troya tenga vientos favorables. En el último momento, una cierva sustituyó en el sacrificio a la princesa, la cual fue llevada a Táurida como sacerdotisa de Artemisa.



mán hubiese pedido a su padre azúcar para el café. "¡Higos dices, oh muchacho!, toma dados y a jugar. —No, padre mío, quiero higos, que los dados no son dulces...". El coro, que ha escuchado la conversación, interrumpe cantando: "¡Higos, higos!, estás loco. ¿Dónde hallar cosas así?". En las comedias

de Aristófanes el combustible resulta escaso y hay poco aceite para las lámparas, pero abundan los "pacifistas" y los traidores, los "emboscados" y los "nuevos ricos".

En la comedia del año 414, *Los pájaros*, Aristófanes presenta a dos atenienses que persuaden a los pájaros que deben construir una ciudad en las nubes; a ella podrán emigrar los griegos para escapar de las molestias de la guerra. Los dioses pretenden gobernar esta ciudad de las nubes, pero sus habitantes no se lo permiten. En otra comedia del 421, el año de la paz de Nicias, Aristófanes envía al Olimpo a un ateniense montado en un escarabajo. Allí encuentra a los dioses ocupados en triturar a los griegos en el mortero de la guerra; pero el ateniense consigue hacer escapar a Eirene, o sea la Paz, que los dioses tenían encerrada en una mazmorra, y se casa con una de sus doncellas.

El problema del feminismo aparece también en las comedias de Aristófanes. En la *Lisistrata*, que fue la que podríamos llamar "la revista teatral" del año 411, Aristófanes presenta a las mujeres tomando por su cuen-



Crátera del siglo V a. de J. C. con decoración atribuida al pintor de Berlín (Museo del Louvre, París). El estilo pertenece a la segunda generación de pintores ceramistas de figuras rojas y la figura del efebo es comparable, por su viveza, al bronce de Poseidón blandiendo el rayo, de la página siguiente.

ta la empresa de acabar la guerra y obligando a los hombres a capitular por fuerza. En otra comedia, ya de la posguerra, del año 392, las mujeres asaltan el poder, dan al estado una nueva Constitución y quitan el voto y los derechos políticos a los hombres... La Constitución de las mujeres es un comunismo absoluto, con abolición de la familia y los derechos de propiedad.

Más todavía que en la comedia, el cambio de las ideas producido por la guerra se advierte en los dramas de Eurípides, que es el autor de moda en Atenas por aquella época. Eurípides era más joven que Sófocles. Se cuenta que Eurípides había nacido el mismo día de la batalla de Salamina y era, por tanto, completamente ajeno al tiempo heroico de las luchas con los persas, cuyo espíritu se percibe todavía en Sófocles. Eurípides vive sólo para las ideas. Se ha dicho que las tres personas que poseyeron más libros en Atenas fueron: en el siglo VI, el tirano Pisístrato; en el V, Eurípides, y en el IV, Aristóteles. En Salamina se enseñaba una cueva, desde donde se veía sólo el cielo y el mar, que se decía era el lugar adonde se retiraba Eurípides para componer sus dramas. La austeridad de su vida era proverbial: detestaba los chistes y las conversaciones frívolas. En su juventud, su padre quiso hacerle atleta, porque un oráculo le había dicho que su hijo ganaría laureles en certámenes públicos. De los años que pasó de mala gana en el gimnasio no guardó rencor a los atletas; en cambio, su experiencia de la vida conyugal le hizo detestar a las mujeres. Dos veces se casó y ambas esposas le engañaron. A veces lamenta su propio pesimismo. Uno de sus personajes recita cuatro hermosos versos: "En sus ráfagas de contento debería el poeta - entonar el canto, hijo de su corazón. - ¿Cómo podrá, contristado por sus penas, - alegrar a las gentes con sólo la razón?".

Eurípides tenía enemigos en Atenas; de ochenta y ocho dramas que presentó en los concursos, sólo dieciséis obtuvieron los laureles que en su niñez predijera el oráculo. Por esto, a pesar de su renombre, el año 408 se marchó de Atenas con gran pesadumbre. Dirigióse primero a Magnesia, en el Asia, donde le recibieron como huésped ilustre de la ciudad, y al año siguiente aceptó la invitación del rey de Macedonia, que trataba de helenizarse, para que pasara a su corte. Parece que Eurípides acabó en Pella, que era la capital del macedonio, varias tragedias que tenía comenzadas, entre otras *Ifigenia en Aulida* y *Las bacantes*. Pero murió al cabo de un año de estar en Pella y, según se dice, su muerte fue violenta, como castigo de los dioses por su impiedad; de manera que este verdadero "ateniense de Atenas", si bien es-

tuvo lejos de su patria sólo dos años, murió fuera de ella. Al llegar dos años más tarde a Atenas la noticia de la muerte de Eurípides, todo el pueblo hizo manifestaciones de público duelo; el viejo Sófocles, que sobrevivía a su época, se vistió de luto y el coro y los actores del teatro aparecieron en la escena sin coronas. El poeta Timoteo dijo que si los huesos de Eurípides estaban en Macedonia, "toda la Grecia era su tumba".

Éste fue el hombre; vamos ahora a analizar su obra. Se nos han conservado completas diecisiete de las tragedias de Eurípides y fragmentos abundantes de las demás. Po-

Estatua de Poseidón lanzando un rayo, obra del siglo V antes de J. C., sacada del mar a la altura del cabo Artemision (Museo Nacional, Atenas).





Detalle de uno de los relieves de un sarcófago que representa la leyenda de Jasón y Medea (Museo del Louvre, París). En esta leyenda, que ocupa un importante capítulo en la mitología griega, destaca la actuación de Medea, personaje al que Eurípides dio los rasgos de la típica maga griega.

demostramos, pues, darnos cuenta de su estilo y apreciar bien sus ideas. Eurípides continúa empleando los temas mitológicos, pero sus héroes y dioses hablan y proceden como hombres; más aún: el pesimismo y la duda se apoderan de los mismos dioses, “si es que existen”, dice a veces Eurípides. “Zeus, o quienquiera que seas”, exclama uno de sus personajes. “Esto dice la leyenda, si la leyenda es verdad”, es el comentario que hace otro de los héroes del poeta sobre las fábulas de los dioses. Electra, en el drama de Eurípides, formula esta reflexión: “Esto es lo que cuenta el pueblo, pero a mí me cuesta mucho creerlo”. Y el coro añade: “Las fábulas que asustan a los hombres, obligan a creer en los dioses...”. Por fin, otro verso de Eurípides, muy repetido en la antigüedad, decía así: “Los dioses no son dioses si obran mal”. Todavía una frase de Eurípides: “Los dioses son fuertes, pero también ellos están sujetos a la ley”.

¿Cómo tomaba el pueblo de Atenas estos comentarios violentos contra su antigua religión? Por lo general, los toleraba sin asustarse, porque sofistas y filósofos propagaban las mismas ideas sin grave escándalo. Protágoras, que estaba entonces en Atenas, decía que era imposible conocer si existían o no los dioses; la vida humana era demasiado

corta para llegar a poner en claro este problema. Sócrates no disenta mucho de Protágoras en este punto. Además, a Eurípides le quedaba siempre el recurso de decir que no era él, sino sus personajes los que blasfemaban.

Eurípides no se preocupó por la política local de Atenas, como Aristófanes. Si parece cierto que se entusiasmó con el triunfo de Alcibiades en los juegos olímpicos, pronto dejó de interesarle el ambicioso demócrata. El ideal de Eurípides sería el estado regido por un rey o un consejo de notables, pero con la condición de que éstos fueran espíritus superiores. Ama a Atenas y detesta a los espartanos: “Excepto como arqueros, — excepto en las batallas, — tus hijos, oh Esparta, — son lo peor del mundo”. Un personaje de Eurípides exclama: “Habitantes de Esparta, — sabios en la traición, — príncipes del engaño; — tejiendo la mentira, — pensando con malicia, — nunca generosos, — el crimen os ha hecho — señores de la Grecia...”.

En cambio, otro personaje de Eurípides dice estas palabras, que parecen de Goethe: “¡La patria de los buenos es el mundo entero!”. Por esto las verdaderas batallas, las que interesan a Eurípides, son las batallas del alma, en que luchan desordenadamente encontradas pasiones. A veces intervienen los



Relieve votivo de finales de la guerra del Peloponeso hallado en las excavaciones de El Pireo (Museo Arqueológico Nacional, Atenas). Representa un grupo de personajes femeninos con máscaras en la mano presentándose ante un dios.

dioses o el hado, la fiebre o la enfermedad, y el hombre es víctima entonces de algo superior a él, juguete de tempestades que le arrastran al abismo. He aquí la gran ventaja de tomar como argumento un tema mitológico.

Pero es interesante observar cómo se transforman los asuntos al ser tratados por Eurípides. Los pobres héroes se quejan de su suerte: los dioses abusan de ellos, seducen a sus esposas y ofuscan su razón; ven visiones, aman y detestan con furor. A veces comentan sus propias faltas, encontrando excusas para todo: adulterios, incestos, suicidios... Los discursos "morales" de los héroes de Eurípides, tratando de excusar sus delitos, son tan persuasivos que alarman hasta al coro, que protesta escandalizado.

Aristófanes, que como buen tradicionalista detestaba a Eurípides, le critica ferozmente por haber permitido a sus heroínas dar a luz en los templos y sostener relaciones criminales con sus hermanos. Más aún, ¿no llega Eurípides hasta a presentar en las tablas a Pasífae enamorada del toro?... Y las leyes del honor eran también severas en Grecia. Por esto el poeta tiene que apoyarse en la mitología. Son dioses, son héroes sus personajes, no hombres como nosotros; pero sus sentimientos son humanos, el pú-

blico lo comprende bien. Es curioso notar que el único personaje inmortal que el pueblo ateniense no tolera es la Celestina. Ya Solón había castigado al alcahuete con pena de muerte; extraño contraste con el parecer de don Quijote, que en su discurso a los galeotes declara con ironía que los alcahuetes son honrosísimos miembros de una república bien establecida. Pero en el teatro de Atenas el tipo de la Celestina era perverso, de mal gusto, y por ello se criticaba a Eurípides. ¿Por ventura no estaba Venus en el Olimpo para forzar a los hombres a amarse, aun contra todas las leyes de la moral y del decoro?

Pero los personajes de Eurípides discuten estos problemas, tratan de averiguar su causa y el porqué de las limitaciones de los sentimientos humanos; llenan el teatro de un ambiente moral que preocupa sin cansar, por la novedad misma del argumento. Por esto los versos de Eurípides, arrancados de sus dramas, han sido y son todavía hoy pasto del espíritu. Los filósofos antiguos de todas las escuelas encontraron en ellos anticipos sorprendentes de sus ideas; hasta los santos padres de los primeros siglos de la Iglesia cristiana citan versos de Eurípides como relámpagos de profecía en medio de la oscuridad.

BIBLIOGRAFIA

Alsina, J.	<i>Eurípides</i> , Barcelona, 1962. <i>La literatura griega clásica</i> , Barcelona, 1964. <i>Literatura griega</i> , Barcelona, 1967.
Baraibar, F.	<i>Aristófanes</i> , Madrid, 1962.
Bowra, C. M.	<i>Introducción a la literatura griega</i> , Madrid, 1968.
Burckart, J.	<i>Historia de la cultura griega</i> , Barcelona, 1954.
Hauser, A.	<i>Historia social de la literatura y el arte</i> , Madrid, 1964.
Jaeger, W.	<i>Paideia, los ideales de la cultura griega</i> , México, 1957.
Lesky, A.	<i>Literatura griega</i> , Madrid, 1967.
Murray, G.	<i>Eurípides y su tiempo</i> , México, 1949.
Nestle, W.	<i>Historia del espíritu griego</i> , Barcelona, 1961.
Nilsson, M.	<i>Historia de la religiosidad griega</i> , Madrid, 1953.
Rodríguez Adrados, F.	<i>Ilustración y política en la Grecia clásica</i> , Madrid, 1966. <i>Tucídides</i> , Madrid, 1952.
Tovar, A.	<i>Eurípides</i> , Barcelona, 1960.
Tovar, A., y Ruipérez, M.	<i>Historia de Grecia</i> , Barcelona, 1963.



*Fragmento de un relieve circular
de 460 a. de J. C.
con la cabeza de una diosa
(Museo Arqueológico Nacional, Atenas).*